

Recensiones

Reviews

BERNABÉ PAJARES, A. *Los filósofos presocráticos: Literatura, lengua y visión del mundo*. Madrid, Ediciones Evohé, 2013, 304 p.

Los filósofos presocráticos han sido un tema muy estudiado y discutido a lo largo de la historia del pensamiento debido a la problemática que los rodea. La escasez de los fragmentos conservados y el hecho de que los estudiosos del tema no se hallan en contacto directo con sus obras, sino con fuentes que nunca son de primera mano, dificulta la tarea de tan siquiera trazar las líneas generales de su pensamiento. Ante esto, Alberto Bernabé plantea en su reciente estudio *Los filósofos presocráticos: Literatura, lengua y visión del mundo* una aproximación a partir de cuatro ámbitos específicos dirigidos a una mejor comprensión de la filosofía presocrática. Esto permite al lector, a medida que se desarrolla dicho libro entender a estos filósofos a partir no únicamente de un análisis de los fragmentos conservados, sino situándolos en el contexto de las corrientes literarias y concepciones del mundo de la Grecia Antigua, aspectos fundamentales e íntimamente ligados a la filosofía presocrática. Así, en cada apartado del libro Bernabé se remonta a los orígenes de la literatura y el pensamiento griego tales como la épica de Homero y los poemas órficos, que constituyen los primeros gérmenes del pensamiento occi-

dental, tratando al mito como la raíz a partir de la cual se va a ir construyendo la filosofía posterior.

En la primera parte, “Filosofía y Literatura”, el autor trata las obras de los presocráticos prestando especial atención no a su contenido filosófico, sino a las diversas formas de escritura escogidas por cada uno, las cuales beben de los orígenes de la literatura griega, los poemas épicos, y a su vez conforman la estructura textual que sirvió de modelo a los filósofos posteriores. Bernabé analiza los vehículos literarios utilizados por cada escuela, desde los milesios, que suponen una de las primeras rupturas con la poesía hasta los aforismos de Heráclito pasando por aquellos que continúan utilizando los modelos épicos como Parménides, Empédocles y Jenófanes, siempre teniendo en cuenta que existe la incertidumbre sobre la cuestión de si estos filósofos realmente escribieron un libro o si los fragmentos son una mera recopilación de aquello que transmitían de manera oral. Relaciona todas estas formas con la evolución gradual del verso a la prosa, un desarrollo vinculado con el auge de la palabra escrita y la composición de los libros en el que la literatura se va despojando de las técnicas poéticas, que se vuelven innecesarias como recurso mnemotécnico y se va configurando una literatura más científica que desemboca en los diálogos de Platón.

En la segunda parte, “Filosofía y Lengua”, Bernabé ilustra la creación de términos nuevos mediante cierta manipulación directa, intencionada del lenguaje por parte de los filósofos ante su manejo con una lengua carente y limitada que imposibilita la descripción de su concepción del mundo. El autor establece varios procedimientos mediante los cuales se da esta creación de vocabulario, tales como la utilización de términos empleados en el lenguaje corriente dándoles un significado nuevo y la sustantivación de adjetivos por medio del artículo neutro entre otros, siendo estos no exclusivos de los filósofos, sino que tienen su fundamento en la poesía. Describe también otro modo de creación de términos, un procedimiento por el cual los filósofos definen nuevos conceptos a partir de la negación de conceptos conocidos, indicando la ausencia de algo, lo cual genera la apertura de un nuevo espacio lingüístico que permite describir un sinfín de realidades y propiedades de las cosas.

Bernabé dedica un último apartado dentro de esta sección a plantear la existencia de una reflexión lingüística en el pensamiento antiguo; el lenguaje no es tratado como objeto de estudio, sin embargo su estudio está implícito en algunas líneas de pensamiento, en las que se pueden apreciar los primeros esbozos de una preocupación por este que cobrará importancia más tarde con Platón y Aristóteles. Se hace hincapié sobre todo en Heráclito y Parménides, en el primero refiriéndose a su juego lingüístico basado en la ambigüedad entre los términos y su expresión de la realidad en cópulas; la unidad a partir de dos palabras cuyo significado es opuesto, y sobre Parménides se analizan las implicaciones lingüísticas de su uso del verbo “ser”.

En la tercera parte, “Del mundo, el Tiempo y la Multiplicidad”, Bernabé hace un análisis de las distintas concepciones del tiempo y la multiplicidad subyacente en el pensamiento presocrático. En primer lugar, sobre el tiempo, a pesar de que no es una cuestión que los filósofos aborden directamente, ya que tal y como

señala el autor no muestran una preocupación explícita en su definición, es posible extraer múltiples nociones de tiempo a partir de sus cosmogonías, en las que el autor diferencia hasta seis concepciones distintas de este concepto y varios modos de transcurso del mismo. Comienza mencionando algunas en las cosmogonías prefilosóficas para después analizar el papel del tiempo en las cosmogonías presocráticas desde Tales. En este caso su cosmogonía no es relevante para la definición del concepto en cuestión pero sin embargo si lo es el hecho de que predijera un eclipse. En Anaximandro, por su parte, se distinguen diversas nociones de tiempo: una referida al *ápeiron*, que es eterno, y otra propia de las cosas múltiples, que son perecederas. Se analizan también las concepciones de tiempo en los filósofos en los cuales no se halla una cosmogonía en el sentido estricto como explicación de la génesis del universo, ya sea porque no se ha conservado o porque los autores no confeccionaron una, como en los casos de Heráclito y Parménides. Sin embargo, es posible extraer diferentes definiciones de tiempo a partir de conceptos utilizados por estos: en Heráclito a partir del fuego y del *logos*, ambos considerados por Bernabé como eternos, pero que difieren entre sí en el sentido de que el *logos* podría ser considerado atemporal, y en Parménides, del cual se concluye el carácter atemporal del ser a partir de las propiedades atribuidas a este, la incorruptibilidad y la ingenitud.

En segundo lugar Bernabé trata el tema de lo uno y lo múltiple, señalando cómo los primeros pensadores consideran que existe una unidad originaria y reguladora del mundo a partir de la cual surge la multiplicidad, característica de las cosmogonías prefilosóficas y también presente en Anaximandro. Sin embargo este esquema se ve alterado a partir de la unicidad e inmovilidad del ser parmenídeo, respaldado por Zenón, quien plantea una serie de argumentos defendiendo la imposibilidad del movimiento y la multiplicidad de los

seres. Esto define una línea divisoria en los presocráticos: a partir de las aporías eleáticas los filósofos posteriores se hayan ante la dificultad de lidiar con sus paradojas, formulando distintas propuestas con la finalidad de superar la imposibilidad del movimiento y la pluralidad del mundo.

La última parte del libro, “El papiro de Derveni” estudia un texto original que data del siglo IV a.C que contiene el comentario de un poema órfico escrito por un autor anónimo, quien considera que este encierra un significado filosófico deliberadamente oculto por parte de Orfeo, e indica cómo debería ser verdaderamente interpretado. Bernabé ofrece una traducción completa de cada fragmento conservado seguido de una explicación de cada uno además de la reconstrucción del poema órfico citado por el comentarista. Propone también una cosmogonía filosófica construida a partir del comentario de este autor vinculándola con las cosmogonías presocráticas; aunque no coincide con ninguna, muestra claros influjos del pensamiento presocrático. Este autor, a quien Bernabé denomina “el último presocrático” trata de adecuar los rituales órficos a un pensamiento más racionalizado y alejado del mito, por ejemplo considera que la Noche es un principio físico, y da una interpretación científica al nacimiento de Afrodita. Muestra influencias de Diógenes de Apolonia y Anaxágoras, entendiendo que Zeus ha de ser interpretado como aire inteligente eterno, y que todos los dioses son manifestaciones del Nous, además de entender que la materia está compuesta de partículas que interactúan entre sí.

Los filósofos presocráticos se hallan sumergidos en el marco de lo que es comúnmente denominado el paso del mito al logos. Este debe ser entendido no como una transformación violenta en la que se da una sustitución del pensamiento mítico por el racional, sino como una transición gradual durante la cual ambos conviven. Así, la filosofía presocrática

se caracteriza porque subsiste en ella un pensamiento muy apegado a lo cosmogónico. Se pueden señalar varios elementos en los que se aprecia su cercanía al mito: El ápeiron de Anaximandro como principio único y causa del nacimiento y destrucción del mundo, tiene un carácter divino al ser inmortal e indestructible, así como la pervivencia de la poesía utilizada como vehículo de transmisión de un pensamiento lógico en Parménides. Existe también un uso del lenguaje muy próximo al de la poesía; por ejemplo la utilización de epítetos y la ambigüedad de términos en Heráclito, además de la descripción de la naturaleza a partir de la tensión generada entre parejas de palabras contrarias. En el presente libro, Alberto Bernabé recorre los espacios en los que se mueven los filósofos mostrando como se da la tendencia a un pensamiento científico que sin embargo no se ha librado por completo de la carga emocional propia de la poética. Concluyendo con el estudio sobre el papiro de Derveni, muestra la estrecha relación entre esta filosofía y los mitos de origen, siendo estos últimos susceptibles de una interpretación racionalizada y perfectamente compatible con la filosofía presocrática.

La labor de estos primeros pensadores es mucho más compleja que la simple formulación de su pensamiento; como pioneros de la filosofía en la que no existen modelos propios más que los heredados de los mitógrafos, deben, apoyándose en estos, construir los cimientos de la filosofía tal y como la conocemos.

Carolina TOVAR VELASCO

NAVA CONTRERAS, M.: *La curiosidad compartida. Estrategias de la descripción de la naturaleza en los historiadores antiguos y la crónica de Indias*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 2006, 147 pp.